

filosofía de Anaxágoras, Mitología y filosofía y muchos otros libros de indiscutible valor histórico y filosófico, al dar a la luz pública esta suma, a partir de ahora indispensable, sobre la teoría aristotélica de la vida.

JOSU LANDA GOYOGANA

Greek Orators I. Antiphon & Lysias, translated with commentary and notes by M. EDWARDS & S. USHER, Aris & Phillips, Warminster (England) Bolchazy-Carducci, Chicago (Illinois, USA), 1985, 282 pp.

Demosthenes. Selected Private Speeches, edited by C. CAREY and R. A. REID (Cambridge Greek and Latin Classics), Cambridge University Press, 1985, 241 pp.

Haciendo como un eco, si bien con un considerable retraso, al renovado interés que los estudiosos del mundo clásico han demostrado en los últimos 20 ó 25 años por la oratoria y los oradores áticos, se han publicado ahora, en el mismo año y a pocos meses de distancia una de la otra, dos selecciones de discursos de oradores de los siglos V y IV a.C. (Antifonte, Lisias y Demóstenes), destinadas al público estudiantil de las universidades anglosajonas, fundamentalmente del área de *classics*, pero de utilidad indudable también para los especialistas, como veremos. Las editoriales anuncian, además, que estos volúmenes serán pronto seguidos por otros dos: uno, cuidado por R. A. Reid, coautor del volumen sobre Demóstenes que es objeto de esta reseña, contendrá una selección de discursos de Licurgo e Hiperides y aparecerá impreso por los tipos de Aris & Phillips; el otro, a cargo de C. Carey, quien ha trabajado con Reid en la citada selección de Demóstenes, incluirá una selección de discursos de Lisias y será publicado por la Cambridge University Press. Conociendo sus antecedentes, les damos desde ahora la bienvenida.

Finalmente empieza a cubrirse el gran vacío de buenos comentarios sobre textos de los oradores áticos que recojan los frutos de la intensa actividad científica desarrollada, sobre todo, a partir de los años 60 en el campo de la oratoria, retórica, logografía y

derecho y en el de la política, economía, instituciones y formas de vida de la Grecia clásica.

En efecto, después de la época de oro de la producción filológica sobre estos temas, entre finales del siglo XIX y las primeras dos décadas del XX, cuando brillaron los nombres y las obras, a veces monumentales, de estudiosos como Blass, Jebb, Dobson, Navarre, Calhoun, Beauchet, Lipsius y, un poco más tarde, Bonner y Smith y Lämmli, sobrevino un largo periodo de calma y de relativo desinterés (con excepción de la obra encomiable —artículos, libros y ediciones— de L. Gernet y de diversas ediciones de oradores, pero con muy escasa anotación, que aparecieron sobre todo en Francia, en Italia y en Estados Unidos). Mientras tanto, continuaban circulando en las bibliotecas los viejos comentarios decimonónicos o de principios de este siglo, y seguían produciéndose para los jóvenes estudiantes nuevas ediciones anotadas y comentarios con vieja bibliografía y conceptos tradicionales. El hecho es que, en las clases de lengua, literatura y cultura griegas no es posible prescindir de la gran prosa de arte ateniense de los siglos V y IV a.C. y, por otro lado, de la atractiva ventana abierta sobre la vida de la Grecia clásica, constituida precisamente por los discursos de los oradores áticos. Pero hasta ahora no se había hecho, al respecto, ningún esfuerzo de actualización y de modernización, como si los estudiantes siguieran siendo los mismos de hace veinte o cuarenta años. Se daba la misma excesiva credibilidad a las fuentes antiguas, como si se tratara de un testimonio objetivo, de una ley grabada en la piedra; se hacían las mismas afirmaciones tajantes, absolutas, propias más bien de una ciencia satisfecha de sí misma y sin dudas; se concedía la misma tradicional atención a los aspectos sintácticos —por lo cual el texto era visto en función de la lengua—, a los accidentes textuales o a los fenómenos retóricos, más bien descritos en su aspecto normativo que explicados por su función en el contexto. En suma, comentarios insuficientes de corte fundamentalmente lingüístico-retórico e introducciones a los discursos que, cuando se exponían los hechos, se limitaban a reproducir la propia narración de los oradores, sin ponerla previamente en duda y sin reconocer en ella el interés de una sola de las dos partes en contienda, tanto en los discursos forenses como en los deliberativos. Ahora bien, en estos dos nuevos libros los editores no presentan el texto antiguo como un valor “clásico” y “literario” en sí, confiando en la simple autoridad del mensaje

que transmiten, sino que se esfuerzan en cada momento por contextualizarlo y problematizarlo, y por atraer de este modo el interés del lector, quien deviene un elemento activo y pensante dentro del proceso interpretativo y valorativo. Todo esto lo hacen con instrumentos metodológicos y argumentos críticos que reconocemos actuales, en los que vemos reflejados en cierta manera, además de una muy buena información y documentación al día, nuestra forma moderna, desprejuiciada e inquietante de ver y pensar las cosas del pasado para que nos sirvan en nuestro duro presente y en el futuro.

Pero, ¿cuál es el acercamiento metodológico de estos editores a los discursos que presentan? Veamos.

En su introducción general al volumen sobre Antifonte y Lisias Usher señala las etapas de actividad por las que tuvieron que pasar los oradores áticos, o más bien logógrafos (=escritores de discursos), antes de dar a la luz pública esos discursos, y en seguida dice: "Cuando preparaba la versión final del discurso para su publicación, el logógrafo estaba sujeto a una tensión entre la necesidad de imprimir su propio sello de autenticidad al discurso (tanto para confundir a los imitadores como para establecer su crédito) y la necesidad de demostrar su adaptabilidad a diferentes tipos de procesos y de clientes. Es precisamente esta mezcla de rasgos comunes del autor y de tratamiento individual la que informa los mejores discursos áticos." (p. 10) Donde la expresión "tratamiento individual" ("individual treatment") implica la conciencia de que cada discurso es un caso relativamente aparte, por sus circunstancias específicas, y que estas últimas no deben ser subestimadas en el momento de producir el juicio sobre el todo o de dar razón, por ejemplo, de los recursos retóricos empleados (las *éntechnoi písteis* aristotélicas). Un poco antes Usher señalaba, con una perspicacia que nos recuerda también a K. J. Dover (*Lysias and the 'Corpus Lysiacum'*, 1968, p. 71), los factores que el logógrafo debía evaluar para organizar técnicamente sus discursos forenses: "la gravedad del cargo, el estado de la ley con respecto al mismo, la intensidad del prejuicio popular hacia su cliente o su pretendido crimen y el clima político en el momento del proceso. Estos factores decidían también la relativa extensión del proemio, de la narración, de la prueba y del epílogo del discurso." (p. 9) En este pasaje, el insensible paso de un plano más propiamente "técnico" —factores circunstanciales externos— a un plano de sig-

nificación técnico-estética —la partición del discurso— (*pace* Usher, quien considera ambos elementos como pertenecientes al nivel puramente técnico, “technical requirements”) puede resultar muy sugerente para armar una metodología de análisis, interpretación y valoración de los discursos áticos, que intente fusionar y hacer cooperar entre sí los dos aspectos citados, con el resultado de que lo estético ya no se queda en un nivel puramente formal. Esto es, puede proporcionar una metodología que tome en cuenta también los factores que el mismo Usher enumera cuando habla del arreglo y la construcción de los discursos (la *synthesis* de los griegos): “la aplicación de las reglas de la división del discurso recibidas por el logógrafo, la cantidad de espacio que él dedica a los lugares comunes, las digresiones, los ataques personales a sus adversarios y la apelación a los sentimientos, y cómo la proporción de todos estos factores corresponde a las necesidades del caso”. (p. 10) En fin, Usher da la clave de cómo se puede satisfacer el interés del lector moderno: “Nuestro juicio se hace hasta cierto punto más difícil por el hecho de que, salvo en pocas ocasiones, no poseemos los discursos pronunciados por la parte contraria, y en la gran mayoría de los casos no conocemos el resultado. Pero estos son contratiempos menores si se les compara con la oportunidad que nos dan los discursos de gozar de la única forma literaria griega que tiene en igual medida intenciones artísticas y prácticas, y que proporciona un medio fresco y vital para estudiar la historia, el derecho, la sociedad y los valores morales de los griegos.” (p.10) En efecto, las introducciones y las notas de Edwards y Usher a los discursos presentados guían eficazmente al lector hacia esa doble comprensión de los mismos, en su finalidad práctica y su carácter artístico, y lo ayudan a representarse con viveza y propiedad el conjunto de cosas y valores implícitos o explicitados en los textos, lo que le permite gozarlos más plenamente.

En cuanto a los principios que guiaron a Carey y Reid en su presentación de los discursos forenses de Demóstenes, encontramos cierta analogía con los expuestos por Usher y adoptados por Edwards, y la misma disposición por un acercamiento vivo y actual a la oratoria antigua; pero al mismo tiempo encontramos una reducción drástica, ya que la finalidad práctica de los textos, o más bien su contenido legal, es privilegiada de tal forma que el aspecto artístico-literario desaparece por completo. Lo cual, a nuestro juicio, constituye una limitación del volumen. “Cuando

uno se acerca a un discurso forense —afirman Carey y Reid— es necesario que tenga presente la finalidad con que fue escrito. La función de la oratoria judicial es la de persuadir al jurado en favor o en contra de determinado veredicto. La retórica es un arma amoral. Su fin es la persuasión y esto no excluye necesariamente, pero no necesita tampoco, la verdad. El litigante griego no es un narrador objetivo de la verdad, sino un hombre en peligro. Todo lo que dice debe ser tratado con cautela. Un hombre que no tiene la razón puede distorsionar muchísimo la verdad, pero igualmente uno que tiene la razón puede distorsionarla para reforzar su caso. Esta distorsión puede consistir en mentiras absolutas o en pequeñas alteraciones de detalle o inclusive en simples omisiones. Es necesario acercarse a un discurso forense con escepticismo, buscar debilidades en la argumentación, determinar qué cosa pudo haber contestado el adversario. Existe siempre el peligro de no hacer plena justicia al orador, y no podemos nunca estar seguros de haber llegado a la verdad. Pero desde el momento en que el orador ha tenido veinticuatro siglos de presentar su caso sin que nadie se le opusiera, no podemos realmente quejarnos.” (p. 19)

El principio metodológico expuesto es irrefutable, aunque los resultados a los que conduce su aplicación por lo común son inseguros. Pero el ritmo detectivesco o el tono legal de la reconstrucción de los casos en las introducciones a los discursos (amplias en general, como la del discurso 37 que es de doce apretadísimas páginas) cautivan y complacen, y la información sobre distintos aspectos de la vida en la Grecia clásica, recogida entre introducciones y notas, es tal que permite al lector sentirse a sus anchas en tan enredados asuntos y en un mundo tan diverso del suyo, pero que, en lo que concierne a la conducta humana, es a veces tan semejante.

Todo esto es absolutamente nuevo tratándose de comentarios a textos de oratoria destinados a la escuela y refleja, sin duda alguna, las tendencias actuales a bajar a los clásicos de su pedestal formal y a injertarlos en su contexto vivo, reconstruido con el mayor número de instrumentos y con la mayor precisión, incluso en las expresiones dubitativas, para que el lector moderno pueda dialogar con ellos —hay que encontrar un lenguaje comunicativo entre personas y mundos diferentes— y no sólo admirarlos e “imitarlos”, como si fuera un sujeto pasivo. Lo cual, evidentemente, hace que el destinatario potencial de estos libros no sea sólo el

estudiante de *classics* o de temas relacionados con los clásicos (el único citado en los folletos de promoción de ambas editoriales), sino también el jurista o el historiador o el economista o cualquier profesional amante de la cultura griega, e incluso el especialista en ella, que puede recurrir útilmente al comentario de los discursos para conocer la mejor interpretación de algún pasaje de su particular interés, considerado atentamente en su contexto específico.

La distribución del material en los dos libros, considerando sus destinatarios expresos, es análoga en el fondo: una breve introducción general para ubicar los textos, los propios textos seleccionados, la sección de comentarios encabezada, para cada discurso, por una introducción informativa y crítica del mismo y, al final, unos índices de temas y de vocablos griegos. Pero, en lo particular, cada publicación tiene sus características. Así, el volumen de la nueva serie "Classical Texts" de Aris & Phillips (serie "diseñada para satisfacer las necesidades de los modernos cursos universitarios en Estudios Clásicos, Civilización Clásica e Historia Antigua") tiene una presentación que procura satisfacer al mismo tiempo el interés de lectores que conocen el griego antiguo, de los que lo conocen poco o de aquellos que no lo conocen en absoluto, pero que pueden sentirse atraídos por estudiarlo a partir del contacto directo con sus textos literarios. En el libro, dedicado a los mejores discursos de Antifonte y Lisias, aparecen en efecto las siguientes partes: una bibliografía selecta dividida en apartados temáticos (oratoria y retórica; Antifonte y Lisias; lengua y estilo; historia, derecho y sociedad), que permite una profundización de las lecturas; la traducción inglesa frente al texto griego; un aparato crítico esencial sin lecturas originales, cuya explicación (siglas de los manuscritos y nota bibliográfica relativa a los autores de las distintas lecturas) aparece al final de la sección bibliográfica (pp. 18-20), y, en fin, las notas al texto con entradas en inglés, subrayadas, y con las palabras griegas transcritas en caracteres latinos. Lo cual en el presente volumen resulta bastante molesto, porque la recurrencia de expresiones griegas es muy grande, y hasta incoherente con los principios editoriales, porque puede desorientar al lector que desconoce el griego.¹

¹ Para muestra, véase la segunda parte de la nota a Antif. V. 20-24, pp. 79-80.

La publicación de Cambridge, dedicada a Demóstenes, en cambio, si prescindimos de su introducción general (pp. 1-19), que puede servir también al lector común, está concebida únicamente para quienes conocen el griego o lo están estudiando, ya que presenta sólo el texto original de los discursos (conforme a la vieja tradición editorial cambridgense) y la entrada de las notas se da en griego. El aparato crítico, que uno esperaría sin falta en un libro como éste, ha sido suprimido por inexplicables razones de espacio (*sic*, p. VII), y en su lugar unas trece lecturas distintas del texto oxoniense de Rennie (1921 y 1931) adoptado por los autores, han sido integradas al mismo y, en general, explicadas en las notas. No existe ninguna sección bibliográfica, como es costumbre en la colección (una costumbre que sería conveniente que ya se modificara); en cambio, encontramos una lista muy esencial de abreviaturas de las principales fuentes secundarias y de las ediciones consultadas, en la que está ausente cualquier texto fundamental para los aspectos concernientes a la oratoria y la logografía áticas y demosténicas (Blass, Kennedy, Lavency, por ejemplo), de conformidad con el tipo de comentario deliberadamente elegido por los autores. Estos, en efecto, interpretan la innovación promovida por la editorial de "decir más acerca de las obras como literatura y concentrarse menos exclusivamente en las cuestiones textuales y sintácticas", en el sentido de ofrecer estos discursos demosténicos exclusivamente como literatura testimonial de una cultura y de una sociedad dada.

Dicho esto, vamos a ver ahora los dos libros por separado.

En el volumen *Greek Orators I. Antiphon & Lysias* la breve introducción general corre por cuenta de S. Usher, así como la parte del libro dedicada a Lisias, que reúne siete de los mejores discursos de este orador (I, X, XII [*Contra Eratóstenes*], XVI, XXII, XXIV y XXV), interesantes por su variedad temática y por el cuidadoso tratamiento de la *ethopoia*, o creación de caracteres, que hizo famoso a su autor entre los críticos de la antigüedad y los modernos. M. Edwards, por su parte, se hace cargo muy bien de Antifonte, presentando un solo largo discurso de él, el famoso "Sobre el asesinato de Herodes" (V en el *Corpus Antiphonticum*), pero acompañándolo de un amplio comentario. Los dos estudiosos han trabajado de común acuerdo y en estrecho contacto entre sí, seguramente a partir de una guía fundamental proporcionada por

la introducción general de Usher y por la experiencia que este último tiene sobre oratoria y retórica griegas.^{1bis} De este modo, tanto en el comentario de Edwards (más extenso y detallado), como en el de Usher (más conciso) aparecen nutridos *comparanda* de gran utilidad para los estudiantes, buenas referencias cruzadas (cf., entre otros, los de *gar* en las pp. 80 § 20 y 222 § 6, o bien "clue"/"strong proof" en las pp. 86 § 27 y 271 § 5), el señalamiento puntual de los *topoi* retóricos y la presencia recurrente de una terminología retórica, en griego, que los autores evidentemente consideraron útil para los estudiantes universitarios de literatura. Es de lamentar, en cambio, que este acuerdo no haya abarcado lo relativo al aparato crítico. En efecto, la presencia de los datos bibliográficos de apoyo para ese aparato es distinta: en un caso es buena y en otro descuidada (aparecen abreviaturas no enlistadas, algunas de las cuales son de difícil integración; faltan fechas o lugares de edición o paginación). Asimismo, mientras que Edwards se preocupa comúnmente por explicar ciertas lecturas adoptadas en el texto, Usher no lo hace; y hay casos donde esto se echa de menos (por ejemplo en Lisias I.22, donde la elección de *οὐδένα* del Bekker frente a *οὐδέν ἄν* de los manuscritos, que es sintácticamente correcto y da un mejor sentido, no se justifica).²

La introducción general del libro es muy concisa (pp. 5-13), pero eficaz e ilustrativa, además de estimulante en el aspecto de orientación metodológica que ya hemos citado abundantemente. Comprende tres apartados ("Oratory before Rhetoric", "Rhetoric in the Vth C." y "Political and Forensic Oratory"), donde no encontramos, en general, ni datos nuevos ni interpretaciones originales, pero donde no falta tampoco nada importante para introducir al lector al fenómeno cultural de la oratoria ática, y donde los argumentos y los temas se apoyan en una bibliografía muy bien seleccionada, oportuna y actual. Entre los mejores puntos recordaremos: la tradicional distinción kennediana entre oratoria y retórica (discursos realmente pronunciados y arte del discurso); el

^{1 bis} Son suyos varios artículos sobre Lisias y la edición y traducción de los ensayos críticos de Dionisio de Halicarnaso sobre los oradores áticos en la colección Loeb Classical Library.

² Cf. A.C. Moorhouse, "'Αν with the future", *CQ* XL (1946), pp. 1-10. Análogamente, parece ya oportuno eliminar la integración del *άν* modal en Lisias, XXIV.12 y la corrección de los infinitivos presentes o aoristos de los Mss. en infinitivos futuros en Lisias, XII.19 y 62 (cf., recientemente, E. Crespo, "Infinitivo modal sin *άν* en griego", *Apophoreta Philologica E. Fernandez-Galiano a sodalibus oblata*, I, 1984, pp. 67-73).

carácter más exhortativo que deliberativo de la oratoria presente en los autores griegos arcaicos; la oratoria con estilo "antitético" de Temístocles; el intento, también kennediano, de diferenciación entre Corax y Tisias, y, en fin, la comparación entre oratoria deliberativa y oratoria judicial y el carácter político de ambas en la Atenas clásica. "Esto no es sorprendente desde el momento en que la Asamblea Popular (*Ecclesia*) y las Cortes Populares (*Dikasteria*) comprendían a los mismos ciudadanos, a menudo en la misma cantidad. Las diferencias surgieron después, debido a las circunstancias de su desarrollo, y quizás aún más por la obsesión de los teóricos por la clasificación." (p. 8)

Una breve introducción a Antifonte y una a Lisias —vida, obra y estilo— anteceden la presentación de sus discursos. En la de Lisias (pp. 125-130) tal vez hay una errata: el discurso IX carece de asterisco y aparece por tanto como auténtico, pese a los resultados contrarios arrojados por el análisis estadístico hecho en computadora y consignados en el artículo del propio Usher y de Najock (1982).³ Por otra parte, el juicio sobre el estilo de Lisias y sobre las limitaciones de la crítica de Dionisio de Halicarnaso al respecto, es muy atinado y digno de consideración.

En las introducciones a los diversos discursos, que son breves en general (a excepción de la del V de Antifonte, que debe tratar el asunto complejo de la legalidad procesal objetada por el acusado) pero del todo suficientes, aparece siempre, al lado de una sucinta presentación del caso y de una argumentación acerca de la fecha del discurso, un intento reconstructivo de las circunstancias reales que debieron conducir al proceso o del posible desarrollo de éste o de la personalidad de los actores en juego, que luego se amplía y profundiza oportunamente en varias notas de comentario al texto. El lector, en particular los jóvenes estudiantes, de este modo, pueden contar con un juicio razonado sobre el asunto en cuestión, un juicio y una guía impregnados de buen sentido común y bastante atractivos, que les permiten aprender de manera fácil y agradable muchas particularidades sobre la vida ateniense de la época clásica, sobre las idiosincrasias populares, la moral común, la actividad política y sus vínculos asociativos y también sobre los sentimientos religiosos (para los de Antifonte y de su cliente, cf. p. 117); esto es, en general, sobre aquel renglón de las "antigüedades"

³ Señalo de paso otras dos erratas: en la p. 226, falta marcar el § 29 y en la p. 242, Lys.31.31 debe leerse Lys.31.34.

que hasta la primera guerra mundial constituía el pan de todos los días de los estudiantes de filología clásica, que luego desapareció de los *curricula* escolares probablemente por su carácter poco "científico" o "genérico", y que hoy vuelve a los centros de enseñanza menos tradicionales con una nueva vestimenta metodológica, como antropología o antropología social. Para ilustrar todo lo anterior puede bastar un ejemplo tomado de la introducción de S. Usher al discurso X de Lisias (*Contra Teomnesto*): "La evidencia encontrada en el discurso y en otra parte ^[4] sugiere que puede haber una rivalidad política detrás del caso. Este fue llevado al tribunal después de que Teomnesto había aprovechado el éxito de su proceso acusando a su vez a dos de sus acusadores por difamación, quizá sirviéndose de esos procesos como de una oportunidad para promover su propia carrera política, al pasar en reseña sus cualidades ante los jueces [...] Puede haber sido, por tanto, un 'hombre nuevo' que intentaba hacer su camino en la política, y Lisias está ayudando a uno de sus adversarios más ricos [*sc.*: quien pronunció de hecho el discurso preparado por nuestro orador], tomando ventaja de la impetuosidad de Teomnesto en hacer una acusación pública imprudente contra uno de sus enemigos políticos" (p. 229).

La sección de notas al texto permite vislumbrar, dentro del buen entendimiento existente entre los autores, dos fuertes tendencias ocasionadas por el respeto y la voluntad de realzar las características propias de los oradores presentados. En Edwards se aprecia una tendencia a subrayar las astucias argumentativas expuestas con cierta gravedad en el discurso V de Antifonte; lo cual hace justicia a la fama que este último se ganó con el manejo de sus famosos argumentos de probabilidad. Usher, en cambio, tiende a seguir, siempre que sea posible, la pista de lo político (democrático) en Lisias y en sus clientes y las huellas de la caracterización individual, por la cual los discursos de este logógrafo se hicieron justamente famosos.

En general, las notas de comentario de este volumen bien pueden servir de ejemplo para otras publicaciones de discursos oratorios, destinadas fundamentalmente a la escuela, pero útiles también a los estudiosos del mundo clásico que, como ya apuntamos,

[4] El autor se refiere aquí al material recogido por J. K. Davies en *Athenian Propertied Families 600-300 B. C.*, Oxford, 1971; un libro indispensable para cualquier serio comentarista de discursos áticos.

deseen controlar la interpretación de algunos pasajes de aquellos textos, asegurándose la más amplia y precisa comprensión del contexto. En efecto, al lado de notas relativamente elementales o sencillas, como las que explican algún aspecto sintáctico o léxico (palabras poéticas, usos raros) con oportunas referencias bibliográficas y *comparanda* o bien las que constituyen una simple paráfrasis del texto, que aseguran su mejor comprensión y equivalen a un *i.e.*, aparecen otras que son más complejas y que satisfacen curiosidades e intereses más amplios. De ellas, unas contienen la explicación de términos jurídicos o relativos a las instituciones o del ámbito de los *realia* en general, con el apoyo en las fuentes primarias y secundarias pertinentes. En otras se expone el *status quaestionis* sobre el punto específico, con bibliografía al día (cf. Antif. V. 23, p. 83), acompañado muchas veces de observaciones dictadas por un sano sentido crítico (como cuando, en su nota a Antifonte V. 77, p. 114, Edwards señala la improcedencia de censurar a un orador por "inexactitud histórica"; para lo cual se puede remitir al libro de M. Nouhaud, *L'utilisation de l'histoire par les orateurs attiques*, Paris, Les Belles Lettres, 1982). Otras notas contienen aclaraciones y advertencias necesarias para que el lector logre una ubicación objetiva respecto de los hechos narrados (un objetivo, éste, de gran importancia y que se vuelve prioritario en el comentario de Carey y Reid a los discursos demosténicos). Por último, las notas quizás más numerosas son aquellas que señalan la función específica, y no la simple enunciación, nótese bien, de las figuras retóricas empleadas por el orador (por lo común tratadas en grupos, como en el magistral comentario de Wise) y las que se refieren al estilo de ciertos pasajes del discurso. Por su brevedad y sus cualidades ilustrativas presentamos el siguiente ejemplo (Lisias I. 27, p. 224) "En este pasaje la sorpresa de Eufileto se refleja en el estilo, con variaciones de los tiempos verbales (*apēllagē. . . etarattomēn. . . eisēiei*), *kai. . . kai* repetidos y con la repetición de toda la cláusula (*panta. . . hupopsias*). Es como si el carácter de Eufileto revelara de improviso su otra cara: la ingenua confianza da paso a la ira y al justo deseo de venganza. Una descripción convincente de este cambio es fundamental para preparar al jurado a escuchar la parte más difícil y potencialmente perjudicial de su historia." Aun cuando no coincida del todo con el juicio formulado por Usher, debo admitir que aquí el traductor se manifiesta intérprete y crítico literario, satisfaciendo de este

modo un *desideratum* más del estudiante universitario e interesado también al especialista.

El volumen hermosamente editado en Cambridge por C. Carey y R. A. Reid contiene una selección de tres discursos forenses de Demóstenes (LIV, XXXVII y XXXIX, presentados en este orden) y uno (LVI) que pertenece al *Corpus Demosthenicum*, pero que es seguramente espurio. Si se repara en el título del volumen, "Demosthenes. Selected Private Speeches", y se considera la relativa abundancia de discursos demosténicos sobre causas privadas (alrededor de trece casi seguramente auténticos, según Blass), no podemos por más de sorprendernos de la inclusión de un discurso no auténtico en esta selección tan reducida. El hecho es que el principio selectivo de los editores no incluyó principalmente el aspecto literario de los discursos, sino su interés documental, de modo que este [Dem.] LVI (*Contra Dionisodoro*), que es "poco atrayente y repetitivo" (*unattractively repetitious*), según reconocen los propios editores (p. 203), pero que se refiere a un préstamo marítimo y tiene que ver con el abastecimiento de trigo a Atenas —temas de interés jurídico y económico—, encuentra su lugar en el libro, aunque al final, sobre todo por este camino. Lo que importa a Carey y Reid, quienes se responsabilizan por igual de todo el libro, es que el discurso, después de todo, haya sido realmente pronunciado ante un tribunal ateniense del siglo IV (concretamente en 323-322 a.C., que corresponde al último año de vida del famoso orador) y no que lo haya escrito Demóstenes (quien, por cierto, tocó en sus discursos forenses privados varios otros aspectos jurídicos y económicos interesantes. Por ejemplo, en XLI, XXXVI o XLV-XLVI que podían constituir en esta selección una válida alternativa al discurso LVI).

Este desinterés por el aspecto literario de los discursos de Demóstenes que se explica, en gran parte, como una reacción a la devota admiración y a las nutridas exégesis estilísticas que por tanto tiempo alimentaron la producción científica sobre la prosa de arte griega, permea todas las secciones de este pequeño libro tan cuidadosamente elaborado. La lista de abreviaturas no contiene obras que orienten en ese aspecto; en la introducción general, tan atractiva, falta cualquier señalamiento sobre el estilo de Demóstenes, aunque los autores se refieren de paso a la ambición y a la habilidad artísticas de este orador (pp. 18-19), y, por

su parte, las introducciones a los discursos y las notas a los mismos contienen abundantes, precisas e interesantes informaciones y discusiones sobre todo tipo de aspectos en el discurso, menos el literario. Sólo cuando tienen que dar razón del juicio de no autenticidad del discurso LVI, casi al final del libro (pp. 203-4), los editores señalan brevemente algunos rasgos del estilo demosténico y hablan, al respecto, de una "stamp of Demosthenes". Asimismo, por lo que toca al tan traído y llevado tema de la división en partes de un discurso forense, cuyo seguimiento cuidadoso puede ser, y es en efecto, de gran ayuda para interpretar mejor la relación entre discurso y caso judicial y para proporcionar apoyos argumentativos, las notas de Carey y Reid son insignificantes y redactadas más por obligación que por convicción (cf., entre otras, las del discurso LIV en las pp. 74 §§ 1-2, 77 §§ 3-12 y 86 § 13. En ésta última el paso a la sección de las pruebas está señalado casi incidentalmente al final de una nota: "luego empieza la tercera sección importante del discurso, *πίστευς* [prueba]"). En cuanto a las muy esporádicas notas sobre el aspecto retórico-estilístico de algunos pasajes, casi exclusivamente del discurso LIV, que es célebre por su *ethopoia*, es evidente que se pierden en el conjunto y que, si bien lo vislumbran (cf., pp. 83:LIV.9 y 91:LIV.20), no permiten apreciar en su justo valor el principio de que también el estilo, aparte de los argumentos desnudos, es un instrumento eficaz para lograr la persuasión de los jueces, que, al fin y al cabo, es el fin y la función del discurso forense (cf. los mismos Carey y Reid en la p. VII).⁵

De este modo, para satisfacer su curiosidad y sus intereses literarios generales, los estudiantes deberán volver a los comentarios y estudios de antaño; y así Carey y Reid han perdido, a mi juicio, la oportunidad de rescatar, con la agudeza, el humor, la concisión y el sentido práctico que los caracteriza, lo que caracteriza a su vez a la oratoria ática, que está estrechamente vinculada a la realidad de su tiempo y, simultáneamente, es eficazmente literaria (=bella y funcional). Vale la pena recordar, al respecto, el cuidado por la mejor expresión de las ideas que caracteriza a Demóstenes, que nos testimonia, por ejemplo, Plutarco en su *Vida* del

⁵ No nos olvidemos de aquella regla de oro que Aristóteles indica en su *Retórica* (III.I.1403b 15-18) cuando dice: "no basta tener lo que se debe decir, sino que es necesario saber también cómo hay que decirlo y esto contribuye mucho a la impresión que suscita el discurso".

orador (VIII.2-3) y que en el libro de Carey y Reid pasa desapercibido.

Pero no es conveniente insistir más sobre este punto. Carey y Reid han hecho muy conscientemente una elección que deja de lado el acercamiento literario a los discursos. Ellos han querido estudiar los textos como productos de una situación legal concreta, cuyo poder persuasivo, más aun que en las pruebas o evidencias factuales radica en la argumentación racional que los sustenta —lo que se dice explícitamente, lo que se omite conscientemente y lo que se insinúa de manera más o menos ambigua—, y como testimonios de las realidades y sentimientos sociales del siglo IV a.C. (testimonios suficientemente fidedignos, como ya señalaba Dover en su *Greek popular morality in the time of Plato and Aristotle*, de 1974). Ahora bien, este propósito lo han cumplido muy brillantemente. El trabajo de documentación y de análisis de las fuentes, para una mejor y más exacta comprensión de aquellas realidades y sentimientos sociales documentados en los discursos, así como los argumentos esgrimidos o supuestos en ellos, es cuidadoso y actualizado, y resulta funcional también para los especialistas.

A su vez, la introducción general al volumen, ágil, atrayente y dotada de un gran sentido práctico, como los viejos textos de R. J. Bonner o G. M. Calhoun, aclara al lector, de manera realmente admirable, en una primera parte, el funcionamiento del sistema legal en la Atenas clásica, de por sí nada sencillo porque era muy poco sistemático, y, en segundo lugar, el papel importante jugado en los procesos por el escritor de discursos forenses, como el Demóstenes de la presente selección.

Para dar un cuadro general del sistema judicial ático, los autores tratan en sendos apartados los siguientes temas: los tribunales y su composición; los denunciantes y las etapas previas al proceso; las pruebas, su manejo y su valor en el juicio; la duración de los procesos y, en fin, los discursos que las partes en litigio debían presentar personalmente en el juicio, para acusar o para defenderse, y que tenían un gran peso, en general, para orientar la decisión final e inapelable de los jueces-jurados atenienses. Característica de toda esta parte es la forma en que se ponen de relieve las peculiaridades del sistema antiguo y se las compara constantemente con las prácticas judiciales contemporáneas, con el resultado de que el lector puede sopesar las ventajas y desventajas de ambos

y, de manera muy detallada, las razones y los testimonios presentados por el orador, examinando su validez y contraponiéndolos a los argumentos reales o presumibles del adversario, sin descuidar tampoco el efecto que esas razones y testimonios hubieran podido tener sobre el jurado. En algunos casos que lo necesitan (cf. el discurso LVI) la introducción particular se enriquece con algunos apartados sobre finanzas y comercio o sobre contratos o sobre la crisis del trigo en Atenas y en el Mediterráneo.

Los resultados de toda esta labor de búsqueda de la verdad o de la razón de los casos procesales estudiados —labor enriquecida luego en los comentarios al texto griego— son siempre inciertos, es verdad, excepto cuando intervienen pruebas externas al discurso mismo, como en el caso de Dem. XXXIX; pero, mientras tanto, el lector ha aprovechado un magnífico ejercicio de lógica que, en no menor medida, realizó el propio Demóstenes cuando preparó y compuso estos discursos.

Los comentarios al texto son excelentes y tan amplios que llegan a triplicar el volumen de aquél. Naturalmente, están concebidos en primer lugar para profundizar y particularizar las etapas de aquel proceso de esclarecimiento de la verdad del caso judicial que interesa a sus autores, pero atienden también a los otros aspectos en los cuales el texto presenta dificultades o necesita de aclaraciones. En mayor medida tratan los aspectos relativos a costumbres e instituciones, y en menor medida, los lingüísticos. Los *comparanda*, a diferencia de los comentarios de Edwards y Usher, son bastante limitados y creemos que el lector pueda resentirlo.

En cambio, las lecturas que sustituyen al texto oxoniense de Rennie, algunas de las cuales aparecían ya impresas por L. Gernet en la Budé, son a mi juicio todas oportunas. En particular, el *οὐτος* de los Mss, en XXXVII.18, que a partir de Blass los diversos editores suprimen para evitar un hiato con *ἐμαρτύρει* y que aquí se conserva, encontrará seguramente el favor de cuantos han leído los trabajos de Pearson sobre el hiato en los logógrafos áticos (cf. *TAPhA* 108 (1978), pp. 131-145). Asimismo, en XXXVII.25, la corrección *Θραεῖμοι* por el tradicional *Θραεῖλλοι* de los Mss. y de Harpocración está bien fundada (pp. 135-136).

En suma, un libro como éste de Carey y Reid, no obstante el desinterés que muestra hacia los discursos áticos como obra también literaria, merece ser recomendado tanto para los estudiantes avanzados de griego, como para quienes se interesan en el Demós-

tenes logógrafo o trabajan sobre los oradores áticos en general. Junto con el volumen de Edwards y Usher, que en cierto modo compensa aquel desinterés literario con una más equilibrada evaluación del aspecto artístico de los discursos, constituye una real avanzada en el campo de los comentarios de textos oratorios griegos, en el que esperamos que también la joven filología mexicana pueda hacer una buena contribución.⁷

Paola VIANELLO DE CÓRDOVA

J. B. HALL, *Prolegomena to Claudian*, Londres, Institute of Classical Studies, University of London, 1986, Bulletin Supplement 45, xi + 282 págs. + XV fotografías.

Prolegomena to Claudian, además de ser una obra imprescindible para el estudioso de Claudiano, presenta de manera muy interesante y útil para cualquier investigador la tradición manuscrita de este autor. El Dr. Hall empieza por explicar lo que espera lograr en su libro, con estas palabras: "The purpose of this volume is to provide information and discussion which for reasons of space could not be presented in my Teubner edition of Claudian" (p. vii). Queda claro, pues, que los *Prolegomena* son el complemento de J.B. Hall (ed.), *Claudii Claudiani carmina*, Leipzig, BG Teubner Verlagsgesellschaft, 1985. Ya advertía el propio autor, en el prefacio de su edición, "ut enim de carminum traditionibus quas dicunt et traditionum testibus multo plura exponenda erant quam quae modico quem mihi proponebam praefationis ambitu continerentur, eamque ob causam de hisce rebus separatim in Bull. Inst. Class. Stud. Suppl. 45, 1985 (cui titulus est 'Prolegomena to Claudian') disputaui, ita auctorum et priorum quos imitatus est Claudianus et posteriorum qui rursus illum imitati sunt locos accumulando nihil me rei criticae conferre posse opinabar, ideoque eos prorsus exclusi" (p. ix).

⁷ Nos referimos a las ediciones bilingües, con comentario, de los oradores Andócides, Lisias, Isócrates (logógrafo) e Iseo, que un grupo de investigadores del Centro de Estudios Clásicos (IIF) de la UNAM está preparando en el ámbito del Seminario de Cultura Griega. Por ello, tal vez, podrá justificarse la amplitud de esta nota bibliográfica.